

ID Y EVANGELIZAD

Nº147

www.solidaridad.net



Estructuras de pecado vs. Estructuras de gracia

Una de las insistencias del magisterio de los papas en las últimas décadas ha sido la escasa conciencia de pecado que se tiene en nuestras sociedades, influenciadas por el secularismo. Existe una dictadura del relativismo que hace creer a las personas que cosas que antes sabíamos que eran malas, ahora son buenas; por otra parte, cosas que sabíamos que eran buenas, ahora parece que ya no son tan buenas. La causa de tal situación es una *concepción errónea* del pecado que lo reduce a un hecho sociológico y subjetivo, a defectos personales que crean injusticias, ofreciendo como respuesta y solución una lucha descarnada e interior por una pureza personal, donde Dios no existe.

Hoy resulta necesario retomar la enseñanza de la Iglesia sobre el pecado y su gravedad para la vida personal y social. En este sentido, la fe católica afirma que el pecado es una falta contra la razón, la verdad y la conciencia recta, causado por un apego perverso a ciertos bienes, manifestándose en la primacía del egoísmo, porque se niega a Dios; la explotación del hombre por el hombre, porque se niega la dignidad sagrada de las personas; y la inmoralidad, porque se pervierte la moral en cuanto recto comportamiento. Cuando no existe arrepentimiento, conversión y perdón divino, la consecuencia directa es la muerte eterna.

El pecado siempre es un acto personal, porque para pecar se requiere conciencia y libertad. Sin embargo, el pecado adquiere dimensión institucional y social mediante las estructuras de pecado que son la expresión y el efecto de la complicidad en la suma de pecados personales. Dichas estructuras se manifiestan en el conjunto de instituciones y realizaciones prácticas de los hombres en el plano nacional e internacional, orientando y organizando la vida económica, social y política en la generación de injusticias, multiplicando el mal en el mundo e induciendo a nuevos pecados. Con ello, el pecado convierte a los hombres en cómplices unos de otros, haciendo reinar entre ellos la concupiscencia, la violencia, la injusticia y, en definitiva, una cultura de muerte.

En contra de la concepción errónea, individualista y autorreferencial, la Iglesia ofrece la verdad de una *concepción teológica* del pecado, la cual integra las dimensiones personal, racional y social en cuanto negación de comunión con Dios y los demás. Se trata de una noción más profunda y veraz, porque tiene a Dios como principio y fundamento de la realidad, esta concepción explica la realidad del pecado en el contexto del drama histórico representado por la ruptura ontológica con el Creador (pecado original) y del acontecimiento también histórico de la encarnación del Verbo (Dios verdadero y hombre verdadero) y su sacrificio redentor como victoria sobre el pecado. Al mismo tiempo, plantea *la Iglesia como estructura de gracia primordial*, es decir, como el *espacio* para la conversión por la predicación de la Palabra de Dios, el perdón y la santificación por los sacramentos, todo ello encaminado a derribar el *tiempo* cronológico, en cuanto desarrollo circular de los pecados, en un tiempo kairológico, es decir, tiempo de gracia, encaminado a destruir el pecado en el hombre por la actualización constante de la única salvación de Cristo en el mundo.

De igual manera, la Iglesia promueve una comprensión del *catolicismo* de la fe que no se limita a una cuestión meramente cuantitativa y geográfica (universal), sino que es fundamentalmente cualitativa, en cuanto solidaridad universal entre la humanidad en pos de una vida asociada (dimensión institucional de la fe) que denuncie y luche contra las causas que generan las estructuras de pecado, mediante la creación y promoción de *estructuras de gracia* que impregnen la sociedad nacional e internacional con el Evangelio para que todo cante la gloria de Dios.

A esta temática está dirigido este número de la revista, evidenciando la complicidad en las estructuras de pecado y la respuesta de la solidaridad en estructura de gracia que evidencien la dimensión institucional de la fe. ●

Análisis



El pecado del mundo y las estructuras de pecado: hacia una conversión social desde el Evangelio

Tomás Martín

El presente artículo explora la noción de «pecado del mundo» a la luz del Evangelio y su evolución en «estructuras de pecado», denunciada por el Magisterio de la Iglesia. Además, propone la conversión integral, personal y social, como respuesta a dicha realidad. El autor, licenciado en Teología y Filosofía, es militante del Movimiento Cultural Cristiano.

1. Introducción

La fe cristiana proclama que Jesucristo vino a «quitar el pecado del mundo» (Jn 1,29). Sin embargo, este pecado no se limita a los actos personales, sino que se manifiesta también en estructuras históricas, económicas y culturales que perpetúan la injusticia.

La tradición teológica iberoamericana reconoció esta dimensión social del pecado en la Conferencia de Medellín, y la vinculó a la misión liberadora del Evangelio. Posteriormente, san Juan Pablo II conceptualizó esta realidad bajo el término «estructuras de pecado», y el papa Francisco ha descrito sus consecuencias contemporáneas como la «globalización de la indiferencia».

2. El pecado del mundo en el Evangelio

En el Evangelio de san Juan, Juan el Bautista proclama: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). La expresión pecado del mundo alude a una realidad colectiva, un entramado de mal que atraviesa la historia y las relaciones humanas. Esta visión bíblica de un «pecado del mundo» prepara el terreno para la reflexión cristiana sobre el pecado estructural o social, es decir, cómo los pecados individuales

pueden confluír y cristalizar en sistemas, instituciones o estructuras que perpetúan la injusticia, la desigualdad y el mal. Por eso, al hablar de «pecado del mundo» no nos referimos únicamente a las decisiones concretas del ser humano, sino a realidades colectivas que requieren una mirada teológica y moral más amplia.

Jesús confronta este pecado estructural al denunciar las injusticias del poder (Mt 20,25-28), la idolatría de las riquezas (Lc 16,19-31) y la hipocresía religiosa (Mt 23,23). La misión salvífica de Jesús, no solo es para el más allá, también lo es para el más acá inaugurando un **orden nuevo de relaciones basado en la misericordia, la justicia y la fraternidad** (cf. Mt 25,31-46).

El Evangelio, por tanto, no solo nos invita a la conversión personal, sino a comprender cómo nuestras acciones se enraízan en un tejido social: en familias, comunidades y naciones. Esta invitación tiene consecuencias enormes, porque siendo el pecado del mundo real, la conversión cristiana no puede quedarse en lo privado, sino que debe cuestionar estructuras de exclusión y de injusticias.

3. Algunos precedentes magisteriales

Ciertamente, ha sido la Conferencia de Medellín la que ha introducido de forma explícita la dimensión social del pecado. Sin embargo, el Magisterio pontificio precedente ya denunciaba estos hechos. Citamos algunos ejemplos:

León XIII, dejaba en evidencia el enriquecimiento ilícito de un grupo reducido de personas a causa del empobrecimiento de la mayoría: «un número reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a la muchedumbre infinita de proletariados» (*Rerum novarum*, n. 1).

Pío XI describía la dictadura económica en los siguientes términos: «Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la limitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia», y añadía: «[...] la dictadura económica se ha adueñado del mercado libre; por consiguiente, al deseo de lucro ha sucedido la desenfadada ambición de poderío; la economía toda se ha hecho horrendamente dura, cruel, atroz» (*Quadragesimo anno*, n. 107 y 109).

San Pablo VI, lo relacionaba con el capitalismo liberal: «ha sido construido un sistema que considera

el lucro como motor esencial del progreso económico; la concurrencia, como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío XI como generador del “imperialismo internacional del dinero”» (*Populorum progressio*, n. 26).

El Concilio Vaticano II, afirmó que la inclinación al mal es parte de la condición humana después del pecado original: «el hombre [...] en el exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios [...] El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal» (GS 13). La Constitución *Gaudium et spes*, deja en evidencia cómo el pecado personal afecta la dimensión social de las personas: «los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre» (GS 10). A lo que agrega: «cuando la realidad social se ve viciada por las consecuencias del pecado, el hombre, inclinado ya al mal desde su nacimiento, encuentra nuevos estímulos para el pecado, los cuales solo pueden vencerse con denodado esfuerzo ayudado por la gracia» (GS 25).

4. Medellín y el reconocimiento del pecado social

La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968) significó un punto de inflexión en la reflexión pastoral sobre el pecado social. En el documento sobre Justicia, los obispos declararon: «La miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo» (Medellín, Justicia, n. 1). Además, los Obispos comprendían que la pobreza e injusticia padecida por tantas personas constituían una confrontación para la fe cristiana: «la pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio, compromiso, esfuerzo y superación para el cumplimiento pleno de la misión salvífica encomendada por Cristo» (Medellín, pobreza en la Iglesia, n. 7).

Dicha Conferencia, reconoce que el pecado se encarna en estructuras sociales, que «mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una situación de injusticia que equivale a una violencia institucionalizada» (Paz, n. 16). Esta lectura teológica de la realidad hace explícita la categoría pastoral del pecado estructural, que no reemplaza el pecado personal, sino que lo amplía y lo contextualiza históricamente.

5. San Juan Pablo II y las «estructuras de pecado»

San Juan Pablo II sistematizó esta intuición Iberoamericana en sus encíclicas *Reconciliatio et Paenitentia* (1984) y *Sollicitudo Rei Socialis* (1987). En esta última afirma: «a un nivel más profundo, el pecado se manifiesta en las estructuras sociales que resultan de los pecados acumulados de los hombres» (SRS, 36). El Papa advierte que dichas estructuras nacen de acciones y actitudes opuestas a la voluntad de Dios, inspiradas por «el afán de ganancia exclusiva, por una parte; y por otra, la sed de poder, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad. A cada una de estas actitudes podría añadirse, para caracterizarlas aún mejor, la expresión: “a cualquier precio”» (SRS, 37). El papa Juan Pablo II advierte que se trata de estructuras que «se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres» (SRS, 36).

Por otra parte, en *Evangelium vitae*, Juan Pablo II denuncia que estas estructuras de pecado promueven una auténtica cultura de la muerte: «en lo íntimo de la conciencia moral se produce el eclipse del sentido de Dios y del hombre, con todas sus múltiples y funestas consecuencias para la vida» (EV, 24).

Para contrarrestarlas, Juan Pablo II propone la creación de estructuras de solidaridad, en las que el amor se traduzca en compromiso por el bien común. De este modo, la redención de Cristo alcanza también la dimensión histórica y social de la humanidad.

6. El compendio de Doctrina Social de la Iglesia

Este compendio fue publicado en el 2004 por el Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz a petición de Juan Pablo II. Así, hablando del drama del pecado, explica que este comporta una doble herida, una para el propio pecador y otra para la relación de este con el prójimo, por ello se puede hablar de pecado personal y pecado social: «las consecuencias del pecado alimentan las estructuras de pecado. Estas tienen su raíz en el pecado personal y, por tanto, están siempre relacionadas con actos concretos de las personas, que las originan, las consolidan y las hacen difíciles de eliminar. Es así como se fortalecen, se difunden, se convierten en fuente de otros pecados y condicionan la conducta de los hombres» (CDSI, n.º 119). Son estas estructuras las que generan y mantienen la pobreza, el subdesarrollo y la degradación, teniendo como centro el egoísmo humano.

Ante dicha situación, el Compendio evidencia que a todo ataque institucional se debe responder institucio-

nalmente, por ello promueve la creación de *estructuras de solidaridad* que modifiquen las leyes, las reglas del mercado y los ordenamientos, para que sea la solidaridad el órgano rector en las relaciones institucionales entre las personas.

7. Benedicto XVI

En *Caritas in veritate*, aun sin usar la terminología de estructuras de pecado, se refiere implícitamente a las consecuencias sistémicas del pecado. Así, habla de las desigualdades sistemáticas e injusticias sociales en la vida del hombre, tanto en lo político, económico y social: «la sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: “Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres”» (CV 34). El documento recuerda que la persona humana es centro y eje de la vida social, por lo que se debe promover un desarrollo integral de la persona, es decir, de todos los hombres y de todo el hombre: «quisiera recordar a todos, en especial a los gobernantes que se ocupan en dar un aspecto renovado al orden económico y social del mundo, que el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad» (CV 25).

8. El papa Francisco y la globalización de la indiferencia

El papa Francisco retoma y actualiza esta reflexión. En su homilía en Lampedusa (2013) denunció la globalización de la indiferencia, que nos hace incapaces de sufrir con el otro. En *Evangelii Gaudium* advierte: «No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en la calle y si lo sea una caída de la bolsa. Esa es la exclusión» (EG, 53). En *Fratelli Tutti*, Francisco amplía esta denuncia al afirmar que: «El mercado por sí mismo no resuelve todo, aunque a veces nos quieran hacer creer este dogma de fe neoliberal» (FT, 168). La globalización de la indiferencia es, en el fondo, una nueva configuración del pecado estructural, sustentada en la idolatría del dinero y en la cultura del descarte. Ante esto, Francisco propone una conversión comunitaria y política basada en la fraternidad universal (FT, 8-9).

9. León XIV y las estructuras de pecados que generan pobres en el mundo

El Papa León XIV ha publicado la Exhortación Apostólica *Dilexi te*, sobre el amor hacia los pobres. Nos recuerda el deber de escuchar el clamor de pueblos enteros que experimentan las injusticias y el empobre-

cimiento: «se vuelve normal ignorar a los pobres y vivir como si no existieran» (DT 93). Al tiempo, se hace una llamada a denunciar las causas estructurales de las ideologías que absolutizan el mercado y la especulación financiera. En la raíz de toda estructura de pecado se encuentra la falta de equidad; pareciera que los derechos humanos no son iguales para todos. Ante ello, «las estructuras de injusticias deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien, a través de un cambio de mentalidad, pero también con la ayuda de las ciencias y la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad» (DT 97).

El documento recuerda que la propuesta del Evangelio no es solo una relación individual e íntima con Dios, también implica el Reino de Dios para que el Señor reine en todos los ámbitos existenciales de la humanidad: «en la medida en que Él [Dios] logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino» (DT 97).

10. Conversión integral y estructuras de gracia

La respuesta cristiana al pecado estructural es la conversión integral, que incluye la dimensión personal y social. Estamos llamados a sacar toda la riqueza de nuestro bautismo para asumir la integralidad de la fe cristiana que posee una doble dimensión complementaria, personal y social.

La conversión personal implica retornar a nuestro modelo de humanidad, Jesucristo, el redentor del mundo, porque «el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Así, la conversión nos introduce en la dinámica de buscar e integrar las virtudes de la pobreza, la humildad y el sacrificio en la propia vida, afirmando siempre que la conversión es a Cristo y a nadie más, para poder afirmar como san Pablo: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).

La conversión social implica anunciar el mensaje cristiano como buena nueva para los empobrecidos del mundo, afirmando la dignidad sagrada de las personas y al mismo tiempo, denunciar las causas que generan las estructuras de pecado en el mundo. Todo ello, mediante la promoción de la asociación entre laicos para una vivencia profunda de la caridad política en el mundo, como identidad del Dios Amor revelado por Jesucristo y como encarnación del Mandamiento Nuevo al que

estamos llamados a practicar, porque «nadie – dice Francisco – puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos» (EG 183).

La promoción de estructuras de gracia implica la promoción del Reino de Dios en la realidad temporal, evidenciado la absoluta novedad de Jesucristo y su Iglesia para el mundo: *a) novedad teológica*: porque revela el rostro misericordioso del Padre que escucha el clamor de sus hijos; *b) novedad moral*: porque manifiesta la ley moral de los cristianos, es decir, el mandamiento del amor como pauta de comportamiento en los ámbitos sociales; *c) novedad sociopolítica*: porque rechaza la división de fe-política, integrando en un todo superador como parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, para que todo cante la gloria de Dios; *d) novedad escatológica*: recordando que la historia no es el ocurrir de hechos sin sentido, sino historia de salvación, donde los acontecimientos constituyen signos de los tiempos donde Dios revela su rostro y reclama la presencia de los cristianos, promoviendo la verdad, la justicia y la solidaridad hasta su consumación final. La advertencia del Concilio Vaticano II sobre esta cuestión es fundamental: «el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época [...] El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación» (GS 43).

En definitiva, en el tema de las estructuras de pecado, solo existen dos respuestas con dos consecuencias radicalmente opuestas: o se lucha contra ellas, desde la conversión personal o social; o se es cómplice de las mismas, ya sea participando activamente en ellas o por la pasividad ante las mismas.

11. Conclusión

El «pecado del mundo» se manifiesta hoy en estructuras económicas, políticas y culturales que generan exclusión y deshumanización. Frente a ellas, la Iglesia, guiada por el Evangelio y el Magisterio reciente, proclama que la redención de Cristo tiene una dimensión social. La tarea cristiana consiste en dismantelar las estructuras de pecado y promover una globalización de la solidaridad, signo visible del Reino de Dios en la historia. ●

Significado teológico de las estructuras de pecado

P. Carlos Ruiz

Tratar las estructuras de pecado desde una perspectiva teológica es tratar su realidad más íntima, pues esa es una de las principales funciones de la reflexión teológica: ayudarnos a percibir el entramado último de lo que existe. En este sentido, el presente artículo quiere acercarnos a una visión lo más correcta posible del pecado y de cómo este afecta a las instituciones que condicionan la vida sociopolítica y económica de nuestro mundo.

I. Presupuestos teológicos

Para entender correctamente el sentido teológico de las estructuras de pecado, hay que clarificar previamente, al menos, estos dos puntos:

a) ¿Qué es el pecado?

Desde hace unos trescientos años predomina una teología -y en consecuencia una espiritualidad y una pastoral- eminentemente individualista y, por ello mismo, moralista. Esto es consecuencia directa del protestantismo, que absolutiza la visión subjetiva, pero también de la respuesta reactiva que hace la neoescolástica católica, que prescinde de importantes fuentes de la Revelación, priorizando una reflexión abstracta y alejada de la realidad.

Uno de los principales efectos del individualismo teológico es la desvirtuación de lo que supone el pecado. El sujeto burgués, ese que somos mayoritariamente nosotros, entiende el pecado como una infracción legal, moral o psicológica, como si fuese un fallo, una deficiencia en la realización de una obra. Esto explica el crecimiento exponencial de todo tipo de terapias que pretenden sanar los desequilibrios del sujeto; también explica la multiplicación de normativas y prohibiciones, ejemplo de moralismo social que censura de acuerdo a los consensos de las mayorías.

En la Tradición cristiana, el pecado es mucho más que un desajuste moral, legal o psicológico. En efecto, lo más importante del pecado es su ruptura metafísica y personal, en cuanto que es, realmente, una inversión de la realidad y una ofensa personal a Dios, un

trastrueque que quiebra la naturaleza del hombre, dejándolo entregado a un poder que funciona luego por sí mismo y escapa a la libertad. El acto de pecar transfiere y entrega al hombre a ese poder que lo domina (el pecado como *hamartía*, según el NT). No hay una tierra intermedia entre el pecado y Dios. El hombre puede elegir soberanía, y de hecho la elige en cada una de sus decisiones; se engaña pensando

que se queda solo para sí en su propia tierra.

Es obvio que el hombre, por sí mismo, no puede sobreponerse a ese desorden metafísico y personal. No hay terapias, reformas sociales ni medicinas que lo consigan. Solo puede aceptar, en el acto más libre posible, que otro restaure por él el orden metafísico y la relación personal rotos. Ese otro debe ser hombre como nosotros para que nos represente y debe ser Dios, con poder para realizar esos cambios que sobrepasan nuestras fuerzas.

b) La religación y la dimensión institucional

El segundo presupuesto para entender la cuestión que tratamos es retomar otro de los principios más importantes de la Tradición cristiana: la dimensión colectiva de la existencia humana; la solidaridad religa a cada hombre con el destino del grupo humano. El cuerpo social, la *polis* y -mucho más aún- la *ekklesía* no son realidades formadas a posteriori por las decisiones libres y autónomas de sus miembros, como proclama el liberalismo, sino que son previas a cada persona, ya que nosotros solo somos en la medida que formamos parte de un organismo corporativo y en cuanto colaboramos dentro de él.

Esta religación constitutiva y estructural tiene su principal paradigma en la Iglesia, que es la organización principal y la única que permanecerá para siempre. La eclesiología católica difiere absolutamente de la protestante: para estos, cada fiel tiene la potestad de con-gregarse en la denominación cristiana que más le atraiga; mientras que los católicos no nos con-

gregamos, sino que somos con-vocados a una sola Iglesia. No elegimos nosotros, es la Iglesia la que —en nombre de Dios— nos acepta y, por sus sacramentos, establece entre sus miembros vínculos más fuertes que los naturales; de hecho, son tan fuertes que ni la muerte los puede socavar.

En lo anterior radica otra de las características esenciales del pecado: la ruptura metafísica y personal que supone el pecado no solo afecta al que lo comete, sino a todo el organismo al que pertenece: a la *ekklesía*, a la *polis* y al cuerpo social e incluso, como dice Rm 8, 22, al cuerpo cósmico.

Esto explica el sentido del pecado original y de la Redención de Cristo. Veamos: el cuerpo al que pertenecemos es orgánico y tiene miembros que ejercen función capital (cabeza), lo que supone que ellos representan, actualizan y emplazan a Dios ante los hombres y a los hombres ante Dios. Adán y Cristo son las principales cabezas de la humanidad y ellos implican y explican el destino de todos.

2. El significado teológico de las estructuras de pecado

a) La Iglesia y las estructuras de pecado

En las últimas décadas, la Iglesia ha dado un paso más en la comprensión de las consecuencias de la realidad metafísica y corporativa del pecado de la que venimos hablando. Ese paso tiene que ver directamente con la creciente institucionalización. Hace no muchas generaciones, la vida de la mayoría de las personas se desenvolvía en torno a unas pocas instituciones: familia, iglesia, escuela, ayuntamiento, Estado y poco más. En nuestros días estamos involucrados en un enjambre institucional: ¿cuántas tarjetas llevo en mi billetera?, ¿cuántas suscripciones tengo en internet?, ¿cuántas instituciones están implicadas en mi trabajo, en mi centro de salud, en mi barrio...?

Este denso mundo institucional hay que juzgarlo a la luz de lo que hemos visto hasta ahora; pero, a la vez, nos exige una clarificación suplementaria por la relativa novedad que implica. Nuestra aportación a esta reflexión es la siguiente:

- La creciente institucionalización no es mala en sí misma; más bien es reflejo del desarrollo humano, ya que una institución implica mayor interrelación y especialización humanas.

- Lo realmente grave es que la inmensa mayoría de las instituciones que conocemos dependen, en diversa medida, del sistema que impera en casi todo el mundo y ese sistema es materialista desde que se impuso a nivel mundial. Podríamos decir que el sistema es tal porque las estructuras o instituciones trabajan conectadas en red para él, de manera que aquella que se salga de esa organización sistémica es combatida porque es un peligro real. Es el caso, en parte, de la Iglesia católica.

- Esta dependencia respecto a un sistema antinatural y antihumano implica que las instituciones que sigan dicha inercia están llamadas a colapsar, como -de hecho- se observa en la mayoría de los países. Pero, lo más grave es que provocan el sacrificio diario de miles de inocentes en el ara del lucro, el placer y el poder: los niños hambrientos, abortados, los esclavos, los desempleados, las víctimas de las más de 50 guerras actuales, los jóvenes solitarios, drogados, suicidados... la negación de Dios. Cada una de esas víctimas tiene grabada en su alma el nombre de varias instituciones que son responsables directos de su ejecución: los medios de comunicación que crean una matriz de opinión y silencian el crimen; las estructuras económicas que financian y se benefician del crimen; los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones sociales y religiosas... que sacan votos, fondos, subvenciones y adeptos por ser una pieza más del engranaje. Todas estas instituciones se excusan diciendo que ellas no aprietan el gatillo, que es el mismo argumento que utilizaron en Nüremberg los criminales nazis: es la pretendida responsabilidad anónima.

A esta institucionalización criminal, la Iglesia le ha dado un nombre: pecado social y —precisando más— estructuras de pecado. Esta clarificación la empiezan los pobres, primero los del Movimiento Obrero, después los de Iberoamérica en las Conferencias de sus obispos (CELAM): Medellín (1968) y Puebla (1979), que son precisas en la denuncia de las organizaciones responsables del mal; pero, será el primer papa obrero, S. Juan Pablo II, el que aportará más luz terminológica y teológica, principalmente en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et Paenitentia* (Reconciliación y penitencia) promulgada el 2 de diciembre de 1984 y que recoge las discusiones del Sínodo de los Obispos de 1983 sobre el tema de la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia moderna. Después de S. Juan Pablo II, han hecho mención a este término los demás pontífices, el último León XIV en *Dilexit Te* (nn. 90-98).



...un fango vital que se nos va imponiendo... haciéndonos creer que nuestro pecado es algo bueno... aspecto de hipnosis colectiva o de ambiente condicionador de las estructuras de pecado...

b) El orden de los factores sí es importante

San Juan Pablo II explica lo que son las estructuras de pecado primero en un documento magisterial doctrinal al que acabamos de hacer mención; unos años después, desarrolla su enseñanza en otro documento, esta vez de moral social: la *Sollicitudo Rei Socialis* (Preocupación por las cuestiones sociales) de 1987. El orden es interesante: primero se aclara el contenido teológico y luego se avanza en su aplicación práctica. De esta forma, la Iglesia supera el moralismo (sea personal o social), que siempre es una trampa porque sitúa los problemas en el plano de la acción en lugar de en el ser. Si las estructuras de pecado afectasen solo a la práctica, valdría con cambios legislativos y políticos; pero, ellas nos muestran algo mucho más profundo. Lo intentamos explicar a continuación:

- Las estructuras no pecan porque no son libres ni tienen conciencia propia. Sin embargo, debido a la interdependencia de todos los hombres, son el mecanismo perfecto para que los pecados de las personas (únicos sujetos que pueden pecar) se extiendan hasta lugares insospechados, agiganten sus consecuencias asesinas y perduren en sus efectos perniciosos. Efectivamente, las estructuras de pecado son el sistema linfático que conecta a todos los niveles a la actual humanidad; por eso, hacen que nuestras decisiones pecaminosas se extiendan, se multipliquen, se agranden —por la suma de otros pecados— y se consoliden.

- Y lo que es peor: nos van introduciendo en un fango vital que se nos va imponiendo hasta verlo como natural, ocultando nuestra responsabilidad en el anonimato y —en su etapa última— haciéndonos creer que nuestro pecado es algo bueno; por ejemplo, al considerar el aborto como derecho o el asistencialismo

como solidaridad. Ignorar este aspecto de hipnosis colectiva o de ambiente condicionador de las estructuras de pecado es uno de los mayores errores de muchos grupos y movimientos católicos; esto se debe a que todavía arrastramos el individualismo que nos inculca el protestantismo y la respuesta reactiva.

- Las estructuras de pecado son el instrumento privilegiado para el cambio metafísico y antropológico que busca Satanás: gracias a ellas, la suma de nuestros pecados personales ha alterado la constitución misma del mundo, el orden querido por Dios para la comunidad internacional, para cada nación,

sociedad y familia; gracias a ellas, se ha generado una nueva antropología, basada en la deconstrucción de la sexualidad. Y hasta una nueva religión.

- Las estructuras de pecado no son, en primer lugar, fallos o deficiencias en la organización social, lo cual se podría arreglar con simples reformas o con la aparición de otras estructuras e instituciones. Las estructuras de pecado hacen que la fuerza destructiva de cada uno de nuestros pecados se multiplique casi *ad infinitum* al interactuar con los pecados de otros, encarnándose en mecanismos, leyes, formas de vida permanentes, que generan víctimas en serie. El hecho de calificarlas como estructuras de pecado las confiere esa significación teológica de especial gravedad, de mal integral y también es la manera de interpelarnos a todos nosotros: si colaboramos, activa o pasivamente, en esas estructuras de pecado, entonces estamos pecando. No sirve la defensa de los asesinos en Núremberg.

- No se las debe combatir solo —ni principalmente— por razones políticas, humanitarias o sociales. Se las debe eliminar, ante todo, por razones teológicas: porque está en juego el plan querido por Dios, su Amor por los últimos, la extensión de su Reino y nuestra salvación. Por eso, el Magisterio de las últimas décadas considera la lucha por la Justicia como esencial en la evangelización, ya que no podrá haber conversión personal ni familias o sociedades según el plan de Dios si no hay voluntad firme de salirse del sistema linfático infectado en el que vivimos.

El combate contra las estructuras de pecado debe basarse en un planteamiento apostólico y eclesial: la mejor manera de hacer sociedad es hacer Iglesia, decía D. Tomás Malagón. Y la Iglesia nace de la Eucaristía, que actualiza la Pascua de Cristo y Pentecostés. •

Estructuras de pecado y estructuras de gracia en el pensamiento de Guillermo Roviroso

Miguel Ángel Ruiz

Guillermo Roviroso Albet (1897-1964) sabía mucho –y de forma no solo teórica– de estructuras de pecado, pero también de estructuras de gracia. Su empeño en dar la buena noticia a los pobres, en evangelizar el mundo obrero, era inseparable de su voluntad de identificarse con la situación de opresión en que vivían y, por consiguiente, de reconocer, denunciar y combatir con ellos las estructuras que los oprimían. Esto lo llevó a postular estructuras que impulsaran su liberación, poniendo todo su ardor en la construcción de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y en la animación de experiencias cooperatistas. Sus reflexiones, sin perjuicio de su impecable calidad teológica, cuentan con el valioso respaldo de su vida militante.

Estructuras de pecado

Ambientes, instituciones y sistemas pecaminosos

Como señala el padre Carlos Ruiz (*La espiritualidad trinitaria de Guillermo Roviroso*, 2011), Roviroso no usa el término *estructuras de pecado*, sino otro perteneciente al mismo campo semántico: *pecado colectivo*. Es, sin embargo, muy consciente de que el pecado solo puede ser personal («personal e intransferible», afirmará Roviroso con su habitual gracejo en *Gremio de Teología Social –GTS–*, pues es «hijo de la libertad»). Por ello, aclara, el uso en esta expresión solo es una forma de hablar para referirse a la realidad objetiva (que también se puede llamar *estado de pecado*) creada por la multiplicación y reiteración de los pecados individuales. Es decir, a una realidad que es consecuencia de los pecados individuales (los únicos que existen), pero que (y esto es lo importante), puede ser causa inductora de nuevos pecados. Esa realidad objetiva puede ser, según Roviroso, un ambiente pecaminoso, que induce al pecado (por ejemplo, un ambiente racista o xenófobo), una institución pecaminosa (como un Estado dictatorial) o todo un sistema jurídico –jurídico-político o jurídico-económico– inductor de pecado (como el capitalismo o el comunismo).

La naturaleza pecaminosa de estos sistemas no reside solo en su causa (la suma de pecados individuales), sino, sobre todo, en su efecto: inducir la comisión de nuevos pecados de manera permanente y sistemática, incluso más allá de la voluntad de quienes ayudaron a construir el sistema. De tal modo, afirma Roviroso (GTS), que «El individuo puede cometer un pecado en un momento dado, pero no puede estar pecando veinticuatro horas al día y durante semanas y meses enteros. En cambio, el pecado colectivo es algo permanente en cada momento en la colectividad que lo sufre».

Así, junto al pecado original y las concupiscencias (tendencias desordenadas a tener, a dominar y a disfrutar), el pecado personal (el verdadero pecado) puede tener también su origen en los ambientes, las instituciones y los sistemas pecaminosos de los que formamos parte. Es más, para Roviroso también el pecado original «es un caso de pecado colectivo en la colectividad de los no bautizados».

Normas, reglas y costumbres pecaminosas

El elemento *pecaminoso* presente en un ambiente, institución o sistema puede localizarse en sus reglas o normas, sea porque directamente inducen el pecado (por ejemplo, una ley que fomente el aborto), sea porque, sin ser pecaminosas *per se*, fomentan y facilitan el pecado (por ejemplo, una Compañía de Seguros que asume la defensa de sus asegurados aún en caso de estafa). También puede localizarse en costumbres o prácticas aceptadas por todos como cosa normal y decente, pese a no serlo (por ejemplo, la práctica aceptada en un gremio de comerciantes de desviar al mercado, para lucrarse con ello, productos destinados a un mercado protegido).



...las propagandas, los lavados de cerebro, etc. tienden a mantener el infantilismo de los pequeños trabajadores, para que se convenzan de que les conviene lo que precisamente conviene a otros.

A estas reglas, normas y costumbres las denomina Rovirosa *pecados jurídicos*, usando, de nuevo, una analogía, pues no son propiamente pecados, sino, más bien, consecuencias del pecado personal y causa de nuevos pecados, también personales. Son un elemento de los ambientes, instituciones y sistemas pecaminosos.

Importancia de los ambientes pecaminosos

El modo en que estos *pecados jurídicos* dan paso a las estructuras de pecado lo aborda Rovirosa a través de su reflexión sobre los *ambientes y las colectividades*. Las normas, reglas o costumbres configuran una especie de «ley moral real de la colectividad», es decir, «una jerarquía de valores y contravalores que se aceptan como un dogma» y crean, de este modo, «un *ambiente* [moral o, más bien, amoral] del que bebe la colectividad». En varios escritos (*¿De quién es la Empresa?*, *Coopin*, *Fenerismo...*), Rovirosa denomina *consentimiento universal* a este ambiente. Por ejemplo, hay consentimiento universal sobre la bondad del préstamo con interés o sobre la bondad de la empresa capitalista por acciones; sobre la bondad del capitalismo o del comunismo e incluso sobre la bondad de la lucha por la existencia como motor de la vida social. Por causa del consentimiento universal, dirá Rovirosa en el *Coopin*, «Todos creemos que la cosa en sí es buena y que lo malo son los excesos. Con este criterio se establecen reglamentos, normas, leyes... tanto en el

orden natural (que compete principalmente al Estado y sus organismos) como en la misma Iglesia».

Rovirosa (GTS) hace aportaciones interesantes, en las que no profundizaremos por falta de espacio, pero que apuntamos para reflexionar: el papel de la propaganda (incluido el cine) en la formación de los ambientes, afirmando que «Las *human relations*, las propagandas, los lavados de cerebro, etc. tienden a mantener el infantilismo de los *pequeños* trabajadores, para que se convenzan de que les conviene lo que precisamente conviene a otros»; la «simbiosis» entre la comunidad y ambiente: «la colectividad forma el ambiente, pero el ambiente forma la colectividad»; el surgimiento histórico de los ambientes como un proceso evolutivo generalmente imperceptible para quienes lo viven: «cuando se hace perceptible, es que ya se encuentra en un estado avanzado»; la victoria necesaria de los ambientes sobre el individuo aislado: «el individuo aislado, sumergido en un ambiente, sucumbe siempre»; el fariseísmo de quienes ostentan el poder de crear normas con capacidad de influir en los ambientes: «Todo ser humano, incluso el más depravado, desearía rodearse de personas decentes, y si el mismo se hallara fuera y por encima de la ley, seguramente promulgaría leyes justas. Pero la tragedia aparece cuando uno quiere cohonestar la ley que uno querría para los demás con la ley que se ha hecho para sí mismo... Entonces busca una especie de compromiso inestable: una ley que prohíba a los demás lo que yo

me permito a mí mismo... leyes... que obliguen a la multitud de los *minus habentes* [los que menos tienen] a ser justos, abnegados y cumplidores... y que permitan a los *situados* hacer lo que les venga en gana».

Institucionalización de los ambientes pecaminosos

Cuando los ambientes son configurados, reforzados o impulsados de forma sistemática mediante normas o reglas jurídicas, forman instituciones (fenómeno de la institucionalización de la realidad social). Es entonces cuando pueden inducir el pecado de forma permanente y sistemática, creando un *estado de pecado* permanente. En estos casos, ya podemos hablar con plena propiedad del pecado social (estructuras de pecado). Una masa no institucionalizada, una colectividad inorgánica, una turba, no tiene esa capacidad, aunque, ocasionalmente, puede generarse en ella un ambiente efímero que la lleve a una suerte de pecado social, como ocurre en las explosiones de violencia callejera, por ejemplo.

¿Pecados o errores?

Una interesante reflexión rovirosiana plantea la posibilidad de que los ambientes sean antes fuente de error que de pecado. En la medida en que transmiten como verdaderos (por *consentimiento universal*), juicios de hecho y juicios morales que, realmente, son falsos (como aquel que sostiene que el arrendamiento es beneficioso para la sociedad), inducen acciones dañinas (como la ruina de un comerciante que no puede pagar el alquiler o el préstamo recibido o la imposibilidad de una pareja joven de formar su familia) que están basadas en dicho error. Podría hablarse entonces, dice Rovirosa, de «errores sociales» antes que de «pecados sociales».

Reflexiona así Rovirosa: «En la vida, lo que se llama “consentimiento universal” acostumbra a tener una fuerza muy superior a la que se le atribuye... Gran parte de los principios que aceptamos como normas de la propia vida los hemos aceptado como verdades, principalmente por la autoridad de quienes los han formulado y de los que los han transmitido. Frecuentemente, se produce una especie de inhibición del juicio individual frente a lo que nos “parece” un juicio colectivo»

Algunas estructuras de pecado

Rovirosa analizó con detenimiento varios de estos ambientes, estructuras y sistemas de pecado, en par-

ticular el sistema capitalista (y más en concreto, la empresa capitalista por acciones), así como el sistema comunista (al que considera una modalidad de capitalismo, un capitalismo de Estado).

Como acabamos de decir, consideró pecaminosa o inductora de pecado («pecado jurídico») la normativa que autoriza y regula el arrendamiento (que él denomina *fenérismo*, título de uno de sus libros en el que estudia estas cuestiones). En el arrendamiento sitúa el elemento clave tanto para la explotación del trabajador (el contrato laboral como arrendamiento de servicios), como para la acumulación de capital mediante el arrendamiento de bienes, sea de inmuebles o de dinero, incluido el instrumentado mediante acciones y otros títulos valores (mecanismo especialmente estudiado en su libro *¿De quién es la empresa?*).

Sobre estas normas (esenciales para el capitalismo actual) y sus correspondientes prácticas mercantiles se ha construido un sólido consentimiento universal, inserto, a su vez, en *mentalidades* que hacen invisible, incluso para los cristianos, el enorme abuso que conllevan. ¿No ocurre que nos indignamos al ver cómo muchos pequeños comercios cierran sus puertas porque el alquiler del local, propiedad de un rentista improductivo, no les permite tener beneficios o de cómo muchas jóvenes parejas no pueden iniciar su familia por el alto coste de los alquileres? ¿Y no ocurre que, al mismo tiempo, en cuanto heredamos un piso, pensamos de inmediato en ponerlo en alquiler porque «te dan más que en el banco» o, si no lo hacemos (porque no tenemos piso alguno en herencia), sentimos envidia de quienes sí lo tienen y pueden arrendarlo?

Estructuras de gracia

Afirma Rovirosa (GTS): «No hay duda de que las instituciones a que el hombre pertenece y que constituyen parte de su “ser”, pueden “contaminarlo” e inducirle al pecado, o pueden “purificarlo” e inducirle a la virtud, según sea la índole genérica y la específica de cada institución a la que el hombre está adscrito en una parte de su “ser”»

Espiritualidad trinitaria

La espiritualidad de Rovirosa se puede calificar como espiritualidad trinitaria, pues en su centro está la realidad de la Trinidad divina, una comunidad de amor. Como explica C. Ruiz en la obra citada: «la imitación de Jesucristo ha de consistir principalmente en hacer nuestra su “esencia” que es pura unión substancial con el Padre, aspirando a ser perfectos como

Él y caminando hacia Él con Cristo». En este sentido, añade, «el Nuevo Testamento, con la revelación trinitaria, nos aparece todo él destinado a la realización de esta unidad entre los hombres: “Que todos sean uno, ¡oh, Padre!”», y continúa: «el seguidor de Cristo es (como Dios) esencialmente comunitario, social, y es cristiano en cuanto participa de las relaciones divinas; como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son en tanto en cuanto participan de estas relaciones. La diferencia está en que en la Trinidad estas relaciones son substanciales, mientras que en el hombre son un accidente que se une a su persona; y que en Dios hay una participación por necesidad, mientras que en el hombre es por la libérrima voluntad de Dios. Por ello, el cristiano busca a “los otros” en cierto sentido como busca a Dios, sabiendo que en la medida que él y los otros estén concordes, en esa medida darán gloria a Dios.»

Encarnación de la Trinidad

Consecuencia natural del anterior razonamiento teológico son las estructuras de virtud o de gracia, que aparecen insertas, por tanto, en el plan de Dios y no como meros artilugios instrumentales (y, por tanto, opcionales) para una sociedad cristiana. Así lo explica C. Ruiz «todo lo anterior, si es verdadero amor cristiano –dice Rovirosa [Boletín HOAC, n.º 23]–, tiene que manifestarse en ciertas realidades que sean encarnación de la Trinidad en la Tierra; las principales son: la familia, la Iglesia y las asociaciones que existan dentro de ellas, por ejemplo, la HOAC, que debe ser una concreción de la vida divina de la Santísima Trinidad». La ligazón fundamental en estas estructuras es el amor (y no un amor cualquiera). Por ello, su esencia es ser verdaderas comunidades (donde se vive la comunión).

Es claro que estas estructuras, como son la Iglesia (la HOAC en cuanto parcela de la Iglesia) y la familia (como Iglesia doméstica), son algo más que estructuras en el sentido sociológico o jurídico y tienen una dimensión teológica, pues a través de ellas, como dice el autor, «se encarna la Trinidad en la tierra». Pero tampoco las estructuras de pecado son meras instituciones jurídicas (aunque también lo sean), sino que son, en el plano teológico, verdaderos ídolos, como, por ejemplo, el dinero (Mamón), que suplantán a Dios. Tras ellos está, riéndose de quienes los adoran, el Maligno.

Por tanto, elegir la verdad de la Trinidad presente en una estructura o el engaño y la falsedad de los ídolos es una decisión de trasfondo teológico y espiritual y

no una mera decisión de orden técnico-económico o técnico-jurídico.

Persona y masa en estructuras de pecado y de gracia

Si las estructuras de virtud o de gracia establecen vínculos de unión y fraternidad, las estructuras de pecado conllevan la disolución y el aislamiento. Su principio no es el amor (manifestado en el ejercicio de virtudes de pobreza, la humildad y sacrificio), sino el egoísmo, aunque este egoísmo pueda adoptar formas organizativas en cuanto suma de egoísmos o egoísmo colectivo. Por ello, si la estructura de gracia es una comunidad viva, una estructura de pecado es siempre una realidad «muerta», un ensamblaje de egoísmos estériles. Afirma Rovirosa (GTM) «Todo lo colectivo es pecado, ya que lo colectivo tiende a despersonalizar al hombre y lo reduce a simple categoría animal, y eso es siempre pecado (más o menos grave, más o menos consciente). Todo animal es colectivo, ya que, en este caso, los comportamientos individuales nunca son peculiares del individuo, sino de la especie (la colectividad) que impone inexorablemente su acción».

En cambio, las estructuras de gracia no sumergen al individuo en el anonimato colectivista. Rovirosa (GTS), considera que una institución «solo se justifica» (moral y teológicamente para el seguidor de Cristo) «como medio para que cada cual pueda llegar a ser *él mismo*, diferente de todos cuantos han existido y existirán. El Cristianismo [...] tiene la cualidad fundamental de hacer que cada hombre tienda a “su” perfección, diferente de la de los demás. El desarrollo de estas perfecciones individuales, diferentes y complementarias, ha de dar como resultado un verdadero perfeccionamiento social, siempre que las instituciones conspiran a un perfeccionamiento individual». Concluye Rovirosa: «Lo colectivo excluye el Amor. Y como el hombre no puede estar vacío, donde no hay amor cristiano aparece inmediatamente el germen del pecado más o menos desenmascarado».

La misma idea reitera Rovirosa cuando distingue el hombre como individuo y el hombre como persona. Afirma (GTS): «Si el acento se sitúa en el hombre como individuo, vamos de cabeza a la animalidad y a la ferocidad, a la “ley de la selva” [...] En cambio, si el acento se sitúa en el hombre como persona, conduce a la imagen y semejanza del Dios trinitario, cuya ley de vida es el Amor. En este caso, la pieza fundamental, junto al Uno, es el Tres, que en este mundo es la familia. El *Todo* (en lo humano) no es el individuo, sino la familia. El individuo es *parte* y su plenitud (individual)

solo puede buscarse en una fusión amorosa con los demás individuos incompletos y complementarios que constituyen la familia».

De nuevo damos la palabra a C. Ruiz: «La idea Trinitaria nos hace percibir el egoísmo en su raíz más profunda, así: si Dios es “una relación de Personas”, lo más contrario a este Ser será el “ser-no-relación”, el ser cerrado en sí mismo, el ser egoísta. *De facto y de iuro*, afirma Rovirosa, ninguna persona humana puede aspirar por sí sola a la perfección, ya que “la plenitud del ser sólo está en la comunión de varias personas”. La unicidad personal no sólo no ayuda a la perfección, sino que la hace imposible. Cabía el peligro de que cuando Cristo nos reveló las posibilidades infinitas del hombre, éste quisiera desentenderse de todo lo finito, y esto se evitó al manifestar que solamente nos podemos acercar al Infinito en la medida que nos unamos (comunión) con otros seres finitos. Si el egoísmo individual es la caricatura del Dios-Uno, el egoísmo

colectivo es mucho más trágico al ser la caricatura del Dios-Trino; este es el caso del comunismo o del capitalismo».

Construcción de estructuras de gracia

La construcción de las estructuras de gracia pasa, como la de estructuras de pecado, por la construcción de los ambientes. Si el individuo aislado, como decíamos cuando queda sumergido en un ambiente, sucumbe siempre, la única solución será «formar un contra-ambiente», lo que solo ocurre cuando «un individuo se une a otro» y, añade, «todo dependerá de la firmeza de su convicción enfrente de la fuerza de convicción de los que viven el ambiente general». Por lo que respecta a la omnipresente propaganda, Rovirosa afirma, con su característica llaneza: «no hay otra defensa que hacernos conscientes de esa tomadura de pelo por tontos, y defendernos. Ahí está la raíz del cooperatismo».●

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"



Nombre
 DNI e-mail.....
 C/ nº piso
 Localidad Provincia CP
 Tlf fijo Tlf móvil

Deseo suscribirme a las Ediciones
 "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
 - ☐ como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - ☐ como AMIGO 30 € / 2 años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
 - ☐ como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - ☐ como AMIGO 40 € / 1 año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
 - ☐ como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - ☐ como AMIGO 30 € / 2 años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS**
(5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
 - ☐ como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - ☐ como AMIGO 40 € / 1 año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN ENTIDAD OFICINA D.C. NÚMERO DE CUENTA
 ES

Titular de cuenta:

DNI:

Firma:

Fecha:.....

Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86
 email: administracion@solidaridad.net

LECCIONES DE LOS PATRONOS DE LA EDUCACIÓN

“La antropología cristiana es la base de un estilo educativo que promueve el respeto, el acompañamiento personalizado, el discernimiento y el desarrollo de todas las dimensiones humanas”

—Documento *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, Carta Apostólica del Papa León XIV de 28 de octubre de 2025, en el 60 aniversario de la Declaración Conciliar *Gravissimum Educationis* del Concilio Vaticano II sobre la educación cristiana—

San José de Calasanz

Patrono de las escuelas populares cristianas

“La alfabetización y el cálculo son dignidad antes que competencia”

San Marcelino Champagnat

Patrono de la educación y los profesores

“Sensibilidad ante las situaciones de abandono de la juventud”

San Juan Bautista de La Salle

Patrono universal de los educadores de la juventud

“Cada niño es un don único de Dios y el acto de enseñar un servicio al Reino de Dios”

San Juan Bosco

Padre y maestro de la juventud

“Transformar disciplina en razonabilidad y proximidad”

San John Henry Newman

Santo Tomás de Aquino

Patronos de universidades, academias y escuelas católicas, así como de maestros, estudiantes y demás personas que forman parte del proceso educativo

“La sinceridad y no la abundancia de palabras, toca el corazón”



Historia



Henri de Lubac y la resistencia cristiana al nazismo

P. Osmin Serrano

Este artículo versa sobre una etapa de la vida poco conocida de Henri de Lubac, uno de los mayores teólogos del siglo XX: su participación en la resistencia cristiana al nazismo durante la invasión alemana a Francia en la Segunda Guerra Mundial. Se trató de una resistencia que promovió diversos análisis y denuncias de las causas que llevaron a la gestación y desarrollo de un neopaganismo que buscaba la apostasía de Europa.

I. Un contexto de guerra antisemita y anticristiana

El 10 de mayo de 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, la Alemania nazi invadió Francia. La ocupación se prolongaría hasta 1944. Se confirmaban así los temores que en años anteriores ya se presentaban en diversos ambientes. Según confiesa H. de Lubac en sus *Memorias*: «tras la llegada de Hitler al poder, se percibía cada vez más angustioso, el “incremento de los peligros”. Sobre la atmósfera social, nacional e internacional, gravitaba una pesadumbre, que iba en creciente hasta resultar intolerable». Tras el armisticio en Compiègne el 22 de junio de 1940, la nación francesa quedaba dividida en: una zona norte, ocupada por los nazis, teniendo como capital París; y una zona sur, libre, pero colaboracionista con las fuerzas del Tercer Reich, gobernada por el mariscal galo H. Pétain, cuya sede fue la ciudad de Vichy.

Este gobierno colaboracionista de la zona sur promulgó leyes de corte nacionalsocialistas para la persecución y exterminio masivo de los judíos residentes en Francia, promoviendo un antisemitismo a todos los niveles mediante una campaña publicitaria de radio, cine, prensa, carteles, fotografías; también con leyes arbitrarias, persecución, violencia etc. Esta situación no solo afectaba a los judíos, también iba de lleno contra la Iglesia Católica, según evidenciaba H. de Lubac en una carta enviada a sus superiores jesuitas: «las ruinas son, en efecto, inmensas. Por todas partes se cierran

o se transforman las escuelas religiosas, se disuelven las asociaciones católicas, se suprimen una tras otra las facultades de teología, se obstaculiza de mil maneras el apostolado de las órdenes religiosas y se reduce a la nada la prensa católica. Se toman medidas contra todas las personalidades cristianas que aún no han sido eliminadas o exiliadas. En la mayoría de los casos, basta con simples operaciones policiales, ya que el Estado nazi no se preocupa por la legalidad. Periódicamente, se desatan grandes campañas: juicios por “divisas”, juicios por costumbres, juicios por “catolicismo político”... El objetivo no es tanto destruir completamente el cristianismo como degradarlo. Se denuncia como algo despreciable, al tiempo que se intenta arruinar todos sus focos de influencia, cultura y fuerte espiritualidad. En todas partes se impone una enseñanza pagana. La infancia y la juventud son sistemáticamente descristianizadas, y las apostasías se multiplican».

La ocupación nazi, el drama de la guerra, el racismo antisemita, la deportación de judíos a campos de concentración, la inercia de la mayoría de los cristianos, la pretensión de instalar en Europa un neopaganismo, la persecución a los cristianos críticos con el régimen germano y el asesinato de amigos fue el contexto existencial donde H. de Lubac, junto a otros jesuitas, laicos y algunos protestantes, promovieron la resistencia cristiana al nazismo, caracterizada por ser una lucha no violenta y por la promoción de la conciencia de los franceses, mediante diversas conferencias y la divulgación clandestina de los *Cuadernos de Testimonio Cristiano*, recordando la verdad de la doctrina cristiana y las condenas de la Iglesia a los regímenes totalitarios, procurando sacar a muchos cristianos del letargo en que se encontraban.

2. El combate espiritual

Para Henri de Lubac y sus compañeros de la resistencia cristiana, la propagación del nazismo por Europa, no era un mero cambio de régimen o del cambio de un sistema político por otros que crearía nuevas condiciones sociales. Se trataba de un ataque a la cuestión fundamental de la existencia humana, es decir, la fe cristiana, la concepción del hombre y la vida, la espiritualidad y el mundo interior. Se intentaba instalar una inversión de los valores de la cultura occidental que durante siglos había sido estructurada por el cristianismo, ahora se pretendía promover un neopaganismo estableciendo una *religión de reemplazo* con nuevos dioses, siendo el principal el Estado. La consecuencia directa era un neopaganismo antiteísta y antihumanista.

Todo ello, constituía el fundamento teórico de la persecución a judíos y cristianos, los campos de con-

centración, la dictadura ideológica, la explotación de los hombres y la guerra entre las naciones con el afán expansionista. En este sentido, cuando Lubac plantea lo espiritual no lo hace en desconexión a lo temporal o externo, sino que la intrínseca relación entre lo sobrenatural y lo natural, lo espiritual y lo temporal se conectan de tal modo que el ataque nazi a la primera de estas dimensiones pervertiría decididamente a la segunda. Así, los alemanes habían logrado justificar lo injustificable: el horror de la guerra, el antisemitismo y el anticristianismo.

3. Causas del antisemitismo y anticristianismo

El 1 de octubre de 1941, el padre de Lubac pronunciaba una conferencia titulada *Explicación cristiana de nuestro tiempo*. En ella, realiza un agudo análisis del proceso de degradación antropológica, moral y religiosa que experimentaba la cultura cristiana en la Europa y Francia de aquellos años. Al mismo tiempo, describe las causas históricas y espirituales que llevaron a la proliferación de los totalitarismos, entre ellos el nazismo. Advierte del antisemitismo y propone una reconstrucción de la vocación cristiana de Francia y un renacimiento del catolicismo.

Para el jesuita, la existencia de la Segunda Guerra Mundial y el nazismo, se trataba de una crisis interna de la civilización europea en la que se intenta socavar los cimientos cristianos sobre los que fue edificada la cultura occidental. Sin embargo, este proceso de degradación no es una cuestión esporádica en la historia, por el contrario, se trata de una situación de vieja data con características espirituales, ideológicas y filosóficas bien definidas. Por ello, el jesuita considera que existen cuatro causas estrechamente interrelacionadas que constituyen cuatro etapas de un proceso que ha generado dicha situación.

La primera versa sobre *la vivencia de la fe*. De Lubac, comienza haciendo una dura afirmación: «en la raíz de todo, hay que decirlo, hay un fallo de los cristianos». Porque en el pasado Europa era cristiana y eso le confería una fe, una moral y unos principios rectores que crearon una conciencia y una unidad. No obstante, en los últimos siglos esa fe viva y activa se debilitó en dos puntos fundamentales: por una parte, la fe se convirtió para muchos en algo habitual, una simple tradición carente de eficacia real, puesto que ya no era un principio de vida e invención; por otra, se redujo la fe al ámbito privado, como si el cristianismo careciera de principios rectores para la vida de los Estados o los diversos asuntos sociales, fue la era del maquiavelis-

mo en política (tiranía) y del liberalismo en economía (interés individual). Así, «a través de una verdadera “traición de los clérigos”, lo mejor de la vida religiosa tendía con demasiada frecuencia a refugiarse en una especie de misticismo desencarnado, dejando el “siglo” en su camino de perdición». Con ello, la justicia y la caridad se entendían como obligaciones individuales, perdiéndose el sentido profundo de Iglesia en cuanto comunidad fraterna.

La segunda la conforma *la proliferación de ideologías de inspiración cristiana*. Comenzó a imponerse en la conciencia de las masas un conjunto de nuevos ideales nacidos, en parte, del cristianismo: libertad, igualdad, fraternidad, la independencia estadounidense y la Revolución francesa, nacionalismo, progreso, justicia social y sociedad internacional. A pesar de ello, aunque «de origen cristiano, estas ideas fueron difundidas y profesadas por hombres que, en su mayoría, ya no eran creyentes. Eran ideas secularizadas y, por tanto, a menudo esterilizadas y distorsionadas, volviéndose ineficaces, incluso peligrosas. Ideas que habían caído en el rango de las ideologías y utopías». Ante ellas, no había unidad de criterios entre los cristianos, para algunos despertaban admiración por tener inspiración cristiana, mientras para otros levantaban sospecha por

el peligro de las ideologías. Para de Lubac, estas vacilaciones y falta de unidad explican en gran medida la historia del catolicismo francés del último siglo, tanto en el pueblo de Dios como en las directrices de la jerarquía de la Iglesia.

La tercera la constituye *la influencia de la filosofía moderna*. La cual, expulsaba el Misterio divino de la vida de los hombres y del mundo. De Lubac no subestima sus esfuerzos filosóficos, pero critica su metodología que opera mediante la crítica positivista, cientificista, racionalista e idealista, constituyendo una acción corrosiva en la vida y la cultura. Las consecuencias de este planteamiento filosófico son descritas por el jesuita en los siguientes términos: «todo este trabajo de pensamiento, cuya grandeza no debe subestimarse, se traduce en la práctica en la pérdida del Dios vivo. El mundo se convierte entonces en un mundo de abstracciones, cuando no se reduce absurdamente a un mundo de fenómenos. Al perder su trasfondo misterioso, ha perdido su alma. El hombre se encuentra aislado, desarraigado, “desorientado”. Se asfixia: es como si una máquina neumática le hubiera vaciado por dentro... La consecuencia no es solo un desequilibrio social. El mundo mismo parece “roto”. En lo más profundo de la conciencia, una desesperación metafísica. Es esa hambre y esa sed

de las que hablaba antaño el profeta Amós: hambre y sed absolutas, porque son hambre y sed impotentes del Absoluto». En consecuencia, este tipo de filosofía generaba una triple negación: de Dios, del mundo y del hombre, quedando reducido todo a mera fenomenología y desesperación humana ante la falta de aquello que lo conforma y sustenta: el Dios vivo.

Por último, la cuarta causa es *el reemplazo*, como consecuencia de las tres precedentes, puesto que una fe degradada a la costumbre y la desencarnación, una cultura colonizada por las ideologías y un mundo vaciado de contenido religioso, generaba un vacío existencial en el hombre, el cual requería ser llenado. Aquí, surge lo que el jesuita llama el «reemplazo», para



llenar el vacío del hombre al estar separado de la vida superior. Con lo cual, «a la fe le sigue una credulidad turbia. El racionalismo ha expulsado el misterio: el mito ocupa su lugar». Con ello, lo que empezaron siendo fórmulas para la vida social, terminaron siendo mitos que fomentan un paganismo con nuevos ídolos que pretenden resolver todo problema humano, rompiendo absolutamente con la fe cristiana.

Henri de Lubac remonta el inicio de estas causas al s. XVI, asociándolas a dos grandes factores casi simultáneos: *el Renacimiento y la Reforma*. Sin denostar los elementos positivos que aportaron a la humanidad, para el jesuita no es menos cierto que el primero terminó negando el ideal del cristianismo, desgarrando la vida de los hombres en sociedades alejadas del Evangelio y de la Iglesia, mientras que el segundo, terminó en el cisma y en el triunfalismo de los particularismos religiosos. Con ello, lo que empezó siendo simples recetas empíricas, se convirtió en un sistema, en una doctrina totalitaria.

Con todo, nuestro jesuita no era pesimista respecto a la historia, como si la situación que vivía Francia se tratase de un abismo sin salida. Por el contrario, plantea que «este proceso de descomposición está lleno de gérmenes de progreso». Por ello, advierte del error de una ilusión retrospectiva que añore y desee instaurar el pasado como forma de vida. Al igual que el trigo y la cizaña, piensa el jesuita que en los últimos siglos la ciencia, la filosofía y las convulsiones y movimientos sociales han aportado elementos valiosos para el enriquecimiento espiritual del hombre, no ser conscientes de ellos supone «una miopía intelectual». En consecuencia, a pesar de todo, Occidente está avanzando, la resistencia a los totalitarismos es una prueba de ello.

Ante tal panorama, el p. de Lubac planteaba un redescubrimiento de la vocación cristiana de Francia y un resurgimiento del catolicismo, recordando los orígenes de la cultura occidental: Grecia (razón lógica), Roma (derecho y gobierno) y cualitativamente superior el Evangelio (idea del hombre) que han logrado desarrollar la centralidad de la persona y la comunidad. El jesuita propone una obra de reconstrucción en Francia desde el espíritu cristiano y la tradición francesa, caracterizada por tres puntos: respeto a la persona, apertura a una comunidad espiritual y fe en Dios. Para de Lubac, esto constituye la esencia del programa de la revolución humana, condición necesaria para una buena orientación y éxito duradero de las revoluciones nacionales. Si se apega a dicho programa, Francia se encontrará a sí misma en lo mejor de su pasado y su vocación cristiana perenne.

4. El fundamento religioso del comunismo y el nazismo

La proliferación de sistemas totalitarios por Europa, junto con la invasión alemana a Francia y la expansión del nazismo, no es vista por el p. de Lubac como una cuestión meramente política y bélica. El jesuita entiende que detrás de ello se encierra un fundamento teológico con trágicas consecuencias para el cristianismo. Esto le llevó a realizar un estudio llamado *Los fundamentos religiosos del nazismo y del comunismo*, donde deja al descubierto el fundamento religioso de dos grandes sistemas totalitarios; el comunismo o marxismo bolchevique y el nazismo alemán. Para ello, procede metodológicamente analizando los postulados principales de los que él considera son los padres intelectuales de ambos sistemas: Feuerbach y Nietzsche, y subsidiariamente Hegel y Heidegger. Para luego demostrar las convergencias y divergencias entre ambos sistemas, así como su actitud teórica y práctica frente al cristianismo.

El argumento de fondo y que va a estructurar todo este estudio es que tanto el comunismo como el nazismo rechazan a Dios, por tanto, también el cristianismo. Sin embargo, el comunismo rechaza todas las religiones por su ideal de ateísmo, mientras que el nazismo rechaza sobre todo el cristianismo para remplazarlo por una nueva religión basada en mitos y símbolos tomados del antiguo paganismo nórdico con la pretensión de dominación universal. En ambos casos, el fundamento religioso es que se trata de una *religión de remplazo*: «ambos son sistemas completos, “totalitarios” [...] en el sentido de que se presentan como una concepción completa del mundo y de la existencia y como una forma completa de salvación [...] Por lo tanto, son verdaderas “religiones”, aunque sean “religiones de remplazo”. Esto se ha señalado a menudo. “El comunismo actual encierra una idea de falsa redención” [...]. En el caso del nazismo, la cosa es aún más clara, y el nombre de neopaganismo que se le ha dado lo subraya. En la base de ambas construcciones hay una crítica religiosa. Esta es previa a todas las críticas económicas, sociales y políticas instituidas por ambas partes».

Este análisis posee una importancia de primer orden, porque evidencia que detrás de todo planteamiento político hay un planteamiento teológico que implica una comprensión de Dios, el hombre y el mundo, bien sea para afirmarlo, negarlo o pervertirlo. Así, H. de Lubac evidencia las convergencias y divergencias del comunismo y del nazismo.

Las convergencias de ambos sistemas totalitarios consisten en una doble reducción antropológica: prime-



Adolfo Hitler visita París con su séquito 23 de junio de 1940. Colección: Das Bundesarchiv. Fotógrafo: Heinrich Hoffmann. Fuente: Wikimedia Commons. Licencia: CC BY SA 3.0 DE

ro, solo a la vida social y su apego al Estado; segundo, a lo meramente socio-histórico, por lo que el hombre ya no se define en relación con Dios, la razón o una idea, ni con ningún punto fijo que promueva la esencia eterna, sino exclusivamente por el devenir histórico. En ambos casos, ya no se trata de una filosofía de la acción o un movimiento de pensamiento, sino de una revolución que marca el fin de la filosofía clásica. Hasta el momento, los filósofos se habían dedicado a interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo, por ello la revolución implica la transformación de los valores existentes y una apología de la violencia; por último, impera el mito del Estado salvador en pos de la disolución de la verdad, que también tiene como consecuencia una expulsión de la ley natural.

Las divergencias son muy acentuadas entre ambos sistemas: comunismo se ocupa principalmente de la economía y el nazismo de la biología; el comunismo plantea una lucha de clases, mientras que el nazismo promueve una lucha de razas; el comunismo cree en el progreso, teniendo un optimismo ante la historia por la búsqueda de una mejor condición social. El nazismo es pesimista ante la historia porque lo definitivo ya ha llegado con él; el comunismo busca establecer una dictadura de una clase social. El nazismo plantea la dominación, tan definitiva como sea posible, de una raza.

Las convergencias y las divergencias permiten al jesuita comprender las actitudes de ambos sistemas contra la religión en general y el cristianismo en particular, tanto en actitudes teóricas como prácticas.

En la *actitud teórica*, ambos rechazan a Dios y, en consecuencia, el cristianismo. Sin embargo, tienen dos diferencias esenciales. Por un lado, el comunismo rechaza toda religión, dentro de ellas al cristianismo, desde un punto de vista teórico, por considerarla una superstición del pasado y por ser un obstáculo de hecho para la emancipación social («opio del pueblo»). El nazismo, por el contrario, rechaza específicamente al cristianismo desde un punto de vista moral, acusándolo de ser un falso ideal, ser vil y enemigo de la vida.

En la *actitud práctica*, el comunismo y el nazismo poseen unas estrategias radicales y otras más suavizadas para contrarrestar al cristianismo. En el *comunismo*, la forma más radical consistiría en un esfuerzo violento por extirpar todas las prácticas y toda fe religiosa, cristiana o no, mediante medidas persecutorias y violentas. La forma más suavizada consistiría en declarar la religión un asunto puramente privado y separarla por completo del Estado y la vida pública. Por su parte, el *nazismo*, en su forma más radical, consistirá en paganizar la religión mediante la persecución del cristianismo y sustituyéndolo por un culto neopagano, cambiando su Dios, su moral, sus sacramentos y su *Corpus mysticum* por una versión pagana de los mismos.

5. La promoción de la conciencia y los Cuadernos de Testimonio Cristiano

En noviembre de 1941, el P. Pierre Chaillet fundó los *Cuadernos de Testimonio Cristiano* (*Cahiers du Témoignage Chrétien*), donde colaboraron intensamente el p. Gaston Fessard y el p. Henri de Lubac, todos ellos jesuitas, junto a un conjunto de laicos y algunos protestantes como el pastor Marc Boegner que otorgaban un espíritu ecuménico al proyecto. Este grupo de trabajo tendría un papel fundamental en la resistencia espiritual al nazismo durante la ocupación alemana de Francia. Los Cahiers fueron una serie de escritos clandestinos que se distribuyeron por Francia, incluida la zona ocupada, con el fin de promocionar la conciencia cristiana y evitar que la difusión del odio racista ganara adeptos entre los cristianos, evidenciando las implicaciones que ello tenía para la Iglesia, rompiendo así la inercia de muchos católicos y aportando una voz de anuncio y denuncia ante el silencio de la mayoría de la jerarquía eclesiástica francesa.

Para tal tarea, los Cahiers denunciaron, entre otras cosas, el neopaganismo que suponía el virus hitleriano, el falso culto al Estado promovido por el nazismo, la religión de sustitución que se pretendía imponer para expulsar al cristianismo de occidente. Todo ello desde la promoción de la doctrina cristiana, las diversas condenas que había hecho el Magisterio universal y los obispos en otros países a los sistemas totalitarios y antisemitas, junto con la advertencia entre los cristianos sobre el combate espiritual que se estaba librando ante un sistema que buscaba la apostasía definitiva de Europa. Uno de sus números citaba la declaración de Mons. von Preysin, obispo de Berlín, donde describe la batalla que estaba librando el cristianismo ante el nazismo y que demuestra el tenor de las publicaciones que se hacían: «no podemos dudar lo más mínimo: somos cristianos, comprometidos en una dura batalla. Contra nosotros se ha levantado la religión de la sangre. Tras el rechazo despectivo de la doctrina de Cristo hasta el odio apasionado y abierto, estallan por doquier las señales de luchas. Un fuego graneado de afirmaciones, arrancadas a la historia o al presente, cae sobre nosotros. El objetivo de la batalla es claro: el rechazo y la expulsión del cristianismo».

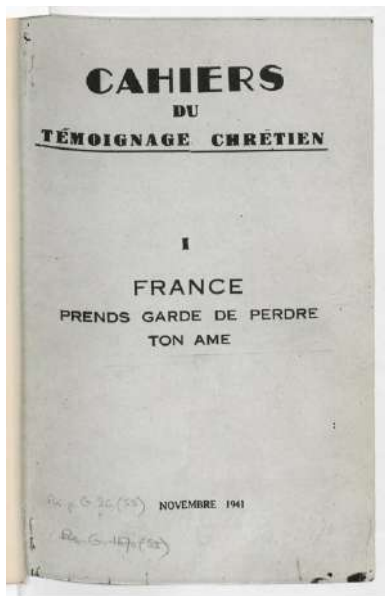
En otro número de los *Cuadernos*, titulado *Colaboración y fidelidad*, buscaba negar la acusación que le

habían hecho a estos escritos de promover una campaña política, al tiempo que se pretendía evidenciar el espíritu cristiano que impregnaba sus letras. Ciertamente, no era una campaña política en cuanto proselitismo partidista e ideológico, pero sí que tenía consecuencias políticas como respuesta a un sistema totalitario y pagano, mediante la llamada explícita a una resistencia no violenta. Con todo, en dicho número, se explica el espíritu de la resistencia cristiana al nazismo: su cometido es hacer plenamente consciente a los franceses acerca de las responsabilidades y peligros que implica el régimen nazi para el cristianismo. Por ello, plantea que el patriotismo

es una virtud que está íntimamente vinculado con la fidelidad cristiana. Así, toda posible colaboración en lo económico o en lo político con los nazis implicaba una sumisión de la cultura que hasta ahora había conformado Europa, porque «la “cultura” nazi es fundamentalmente anticristiana [...] Así pues, queremos hacer ver a todos los cristianos y asimismo a aquellos que, sin ser creyentes, están vinculados más de lo que piensan a los principios de una civilización cristiana, que, en este plano del espíritu, el deber consiste en resistir y organizar la resistencia al nazismo. Cuanto más intensamente haga el nazismo recaer el peso de su dominio sobre nuestra Francia, más importa que esa resistencia espiritual llegue a ser lúcida y firme». En consecuencia, la resistencia al nazismo era

concebido como parte fundamental de la fe cristiana, mediante la promoción de la conciencia como respuesta no violenta a la violencia nazi.

La resistencia cristiana al nazismo, mediante la no violencia, la promoción de la conciencia y una militancia coherente con la fe para denunciar los peligros del neopaganismo que buscaba la apostasía de Europa, supuso persecución, cárcel y en no pocas ocasiones la muerte de varios compañeros de H. de Lubac. En este sentido, sorprende la clara y profética advertencia que el ya entonces cardenal de Lubac hacía a las generaciones futuras en 1988, varias décadas después de la guerra. Así, recordando su visita en 1947 a un Berlín que se asemejaba a un inmenso campo de ruinas una vez finalizada la guerra, afirma: «ahora, el adversario parecía aniquilado. Pero siempre renace, bajo otras formas. La lucha siempre hay que retomarla, con las mismas armas, fuera de nosotros y dentro de nosotros».



Portada del primer número de los *Cuadernos de Testimonio Cristiano*. Su título puede traducirse: «Francia, ponte en guardia, no vayas a perder tu alma»

José Gregorio Hernández.

Un hombre en busca de Dios

Tina Tozzi

El pasado domingo 19 de octubre de 2025 contemplamos los estandartes de José Gregorio y la Madre Carmen, un médico y una religiosa venezolanos, desplegados en la fachada de la Basílica de San Pedro. La Iglesia, a través de su pastor universal, el Papa León XIV, reconoció lo que ya el pueblo venezolano siempre ha sentido y creído: José Gregorio es Santo. Para quienes se preguntan cómo vivir la vocación a la santidad, el ejemplo de san José Gregorio Hernández es una buena respuesta. En este artículo, queremos ahondar sobre su vida de entrega y santidad y su similitud con la vida de otro gran santo y médico: el Dr. Giuseppe Moscati, tomando información del libro: «San Giuseppe Moscati y el Venerable José Gregorio Hernández. Anatomopatólogos, médicos de los pobres», editado en 2020. La autora es militante del Movimiento Cultural Cristiano.

El llamado a la santidad no es para unos pocos, es para todos los bautizados. Es una invitación a vivir en el amor, que se manifiesta en el mandamiento divino: «Que os améis de corazón unos a otros como yo os he Amado y amarás a tu prójimo como a ti mismo». Hijos del mismo Padre que es Dios, nos debemos reconocer hermanos en una fraternidad universal, que no es idílica, sino que se abre paso en medio de conflictos históricos, y solo se construye a través del reconocimiento del otro, del diálogo como único procedimiento racional que lleva a la superación de las diferencias y a la integración en una sociedad que busque la solidaridad hasta sus últimas consecuencias, la paz, la justicia, la libertad y la verdad en el respeto a los derechos humanos y ciudadanos.

San Pablo nos recuerda que hemos sido predestinados para reproducir la imagen de Jesucristo. Nadie nace santo. Hacerse santo requiere esfuerzo, superar debilidades, mediocridades, faltas e indiferencias. El Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad, intercede por nosotros, nos consuela y nos anima a acercarnos a Dios que nos llama por nombre, nos justifica en el bautismo, perdona nuestros pecados, y nos llama a participar de su gloria. José Gregorio ha recorrido

este camino con fidelidad. Ahora ya es «Santo para todos».

San José Gregorio Hernández no sólo desplegó una inmensa caridad personal —tanto que mereció el título de «médico de los pobres»—, sino que se comprometió en el estudio y la investigación en el laboratorio para buscar soluciones profundas desde la ciencia y la caridad.

El Dr. José Gregorio Hernández Cisneros nació en Isnotú, localidad del Estado Trujillo en los entonces denominados Estados Unidos de Venezuela, el 26 de octubre de 1864; fue bautizado en ese mismo Estado a los tres meses de edad, el 30 de enero de 1865 en el antiguo templo colonial de Escuque, llamado Iglesia del «Niño Milagroso de Escuque».

José Gregorio se desarrolló en el seno de una familia cristiana en todos los sentidos. La conducta de los familiares que lo rodeaban fue el ejemplo que tuvo para desarrollar una conciencia moral cristiana. De su madre decía: «Ella me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios y me puso por guía la santa caridad» y de su padre se refería como «...un hombre cristiano cabal», que «supo siempre aconsejarme, a veces me trató con sequedad, pero no lo hacía para mortificarme, sino para inclinarme a la práctica del bien y estudio constante. De él, aprendí lo que es el sacrificio de la profesión de médico. A pesar de tener estudios de farmacéutico elemental, atendía a los pacientes de Isnotú y sus alrededores con máxima solicitud. Nunca se negó a cargar con el fardo de sus medicamentos para escalar las montañas y atender a los pobres campesinos. Decía: «Son pocos los hombres que he conocido como él».

José Gregorio supo lo que era la muerte y sus consecuencias en la afectividad del duelo, ya que perdió a los 8 años de edad a su madre y a una hermana. En todo momento, José Gregorio Hernández demostró una conducta excepcional para un joven. Su deber era

estudiar y rendir lo máximo y así lo hizo. Un compañero suyo de internado, el Dr. Juan de Dios Villegas Ruiz, lo describió como un joven de «gran carácter que parecía que obraba a impulsos de un poder oculto, de una fuerza de reserva que secretamente y por su sola presencia se hacía sentir; sus medios de acción fueron única y exclusivamente sus virtudes; e incuestionablemente que él era de una clase rarísima de hombres, que obran sobre los demás por medio de una fuerza que se impone».

Era evidente que José Gregorio practicó las virtudes humanas al máximo: respeto, obediencia, responsabilidad, amabilidad, piedad y sinceridad, entre otras no menos importantes. Más tarde, perteneció a la Orden Franciscana Seglar de Venezuela (OFS) en la fraternidad de la Merced de Caracas, en la Iglesia Nuestra Señora de la Merced de los Frailes Capuchinos, donde hizo su profesión como franciscano seglar el 7 de diciembre de 1899, como consta en el libro de Actas. Vivió el carisma y la vida de San Francisco de Asís.

Durante sus estudios médicos, el Dr. Hernández recibió clases sobre las principales bases de la Ciencia Médica, tales como: Anatomía Humana, Higiene, Fisiología, Medicina Operatoria, Historia Natural, Patología General y Patología interna, Cirugía, Química, Materia Médica, Terapéutica y Medicina Legal. Una vez cumplidos todos los requisitos académicos, el Dr. José Gregorio Hernández se graduó de Médico con honores, el 28 de junio del año 1888, a la temprana edad de 24 años, aún no cumplidos.

Se le otorgó una beca, para enviarlo a París, con el fin de continuar sus estudios y tener los conocimientos y elementos necesarios para la creación en el Gran Hospital Vargas, de un Gabinete Fisiológico cuya dirección le estaría encomendada y quedaría así mismo en la obligación de enseñar en la Universidad Central las Materias de su especialización. La misión del Dr. José Gregorio Hernández, era fundar el primer laboratorio científico de Venezuela.

Orgullo de la ciencia venezolana y uno de los grandes reformadores que ha habido en la historia de los estudios médicos en ese país, fundaría en la Universidad las cátedras de Bacteriología, Histología y Fisiología Experimental, la realización de las primeras vivisecciones, la introducción en la ciencia vernácula de conceptos etiopatogénicos fundamentales y el uso del microscopio.

Dr. José Gregorio Hernández fue un eminente pro-

fesor, médico altruista, artista delicado y sensitivo, filósofo profundo, laboratorista destacado con profundos y arraigados sentimientos religiosos y sobre todo, a su inagotable caridad cristiana en el ejercicio de la profesión de médico, que le valió y le continúa valiendo todavía el título de «MÉDICO DE LOS POBRES», que nadie le discute y que todos sus contemporáneos le otorgaron ampliamente.

Bajo la influencia y guía de su palabra autorizada, desplegó una vida consagrada plenamente a la ciencia médica: a la enseñanza, a la práctica, a la divulgación y, al mismo tiempo, a las actividades filosóficas y artísticas que marcaron su intensa y prolífica trayectoria. En medio de todo ello brillaron su fe científica de creacionista, su profunda mística de cristiano, su intensa y sostenida devoción de católico, apostólico y romano, sin que ninguna de estas múltiples actividades y características personales borre las otras, mostrándolo a través de toda su vida, como un haz fuertemente atado de múltiples proyecciones luminosas, en que ninguna de ellas eclipsaba a las otras y lo destacan como el varillaje refulgente de un abanico abierto hacia la historia, en donde todas las variadas etapas de su vida, tan duras como y a la vez tan hermosas.

No cabe la menor duda para reconocer en la labor del Profesor Hernández, sus formidables guías de enseñanza, que fueron bases de progreso de la medicina científica venezolana. En la hermosa etapa de esa labor encomiable de maestro, cala con su decisiva influencia en las investigaciones de Rafael Rangel, quien se convertiría en el Padre de la Parasitología venezolana. Estos son hechos de su vida ejemplar en la enseñanza de la medicina moderna.

En su vida sencilla destacan cualidades como la bondad, una sensibilidad espiritual, el amor por su país y una gran pasión por la ciencia y la filosofía. Supo unir el conocimiento científico con la fe sin contradicciones espirituales, lo que lo llevó a un pensamiento profundo y elevado. Por eso, el Doctor José Gregorio Hernández dedicó su existencia a la solidaridad y a la ciencia, y hoy permanece glorificado en la memoria de todos nosotros.

San Giuseppe Moscati y San José Gregorio: Médicos de los pobres

Los dos médicos nacieron en épocas históricas difíciles: una en Europa y otra en América Latina. Había inestabilidad política, pobreza social y hospitales deficientes en ambas ciudades donde les tocó vivir la mayor parte de sus vidas, Nápoles y Caracas. Aparte

de sus obligaciones como médicos asistenciales, profesores universitarios e investigadores, lograron atender con diligencia las necesidades de la población más pobre de sus respectivas ciudades. Se comparan otras situaciones similares en ambos biografiados: Ambos nacieron en el seno de familias católicas practicantes, con numerosas proles, lo que indica generosidad de los padres y escuela de fraternidad. En el recinto del hogar, recibieron la formación religiosa sólida y la de buenos ciudadanos. Conocieron la disciplina, el orden y la lealtad. Amor a la naturaleza. En su infancia tuvieron a su lado, aparte de los padres, contactos con personas de vida intachables y religiosas. Los dos fueron testigos del fallecimiento de un hermano querido, lo que los sensibilizó aún más hacia la misericordia y amor al prójimo. Ninguno de ellos acumuló fortuna. Andaban a pie y nunca fueron dueños de vehículos. Los dos vivieron con familiares y especialmente con una hermana hasta el fin de sus vidas. Ambos santificaron sus deberes profesionales y deberes ordinarios del cristiano, se santificaron y a los demás que los conocieron. Influencia franciscana en su religiosidad, San José Gregorio Hernández era franciscano laico y vivió toda su vida de acuerdo a las reglas de la orden. También San Giuseppe Moscati, demostró una impronta franciscana en su espiritualidad, a pesar de que la investigación sobre sus escritos fue muy difícil porque no se disponía de muchos documentos, a parte de las cartas que escribió a sus amigos. Gemelli, uno de sus biógrafos, demostró que desde la infancia San Giuseppe Moscati, tuvo una unidad de vida, es decir, una coherencia entre la ciencia y la fe. Durante su juventud, Moscati escogió un franciscano como su guía espiritual, el Padre Pío Brizzi, y aplicó el ideal franciscano a su comportamiento, como la pobreza y la caridad, de tal manera que su confesor afirmaba que Giuseppe era espiritualmente, un franciscano terciario. Es de recordar que la familia del Dr. Moscati, se relacionaba con los franciscanos y varios hijos fueron educados en los colegios de las Clarisas. No fue casualidad que San Giuseppe Moscati está presente en la Iglesia del «Jesús Nuevo» y a San José Gregorio se le honra en el Santuario del «Niño Jesús». Los dos médicos fueron del Niño Dios en su vida y muerte.

Dos médicos del Señor El investigador y biógrafo del Dr. Hernán-

dez, Alfredo Gómez Bolívar, en su narración José y Giuseppe, dos médicos del Señor, trae a la memoria actitudes similares en estos dos médicos, acerca del valor del sufrimiento, asociándolo al de Cristo que redime. Invoca sentencias de ambos médicos, las cuales indican sus posiciones espirituales respecto al sufrimiento humano. Decía San Giuseppe Moscati: «¿Por qué rechazar el sufrimiento? El Señor sufrió sin medida por mí. Me duele el pensamiento de que tantos hombres desprecian el amor divino. Con gusto ofrezco algo para conducirlos a los pies de su Salvador». Y, José Gregorio escribió en su libro de «Elementos de Filosofía», expone: «El recuerdo de la pasión de Jesucristo inunda mi alma de un profundo sentimiento religioso». También hace mención a unas palabras del Dr. Moscati que él considera, son el resumen de su vida de médico, hombre de ciencia y de fe: «Ama la verdad, muéstrate cómo eres sin falsedades, sin miedos ni miramientos. Y si la verdad te cuesta la persecución, acéptala; si te cuesta el tormento, sopórtalo. Y si por la verdad tuvieses que sacrificarte tú mismo y tu vida, sé fuerte en el sacrificio». En el Prólogo de «Elementos de Filosofía» José Gregorio dice: «Más si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno». Ya en Venezuela se ha oído esta voz: José Gregorio Hernández: el Moscati de Venezuela. A pesar de todas las manifestaciones nacionales acerca de la devoción que se tiene al Dr. Hernández, es triste y vergonzante, comprobar que el sitio donde él levantó, el primer labo-

“No la ciencia, pero la caridad ha transformado el mundo, en algunos períodos; y solo pocos hombres han pasado por la historia por medio de la ciencia; pero todos hubieran podido quedar inmortales, símbolo de la eternidad de la vida, en la cual la muerte no es una etapa, sino una metamorfosis para una ascensión más elevada, si se hubieran dedicado al bien”.

CARTA DEL DR. GIUSEPPE MOSCATI A SU COLEGA ANTONIO GUERRICCHIO, EL 22 DE JULIO DE 1922.

“La cultura espiritual es más necesaria que la intelectual. Todo hombre puede vivir sin conocimientos humanos, pero es muy posible que se desaliente de la vida, si carece de los rudimentos que le explican las razones de su existencia.”

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

ratorio científico del país, está totalmente abandonado y destrozado. La aprobación del milagro ocurrido, es una luz para el pueblo venezolano, tan desaventajado y sin esperanza. La reciente canonización del Dr. José Gregorio Hernández es un acontecimiento de júbilo para todos los venezolanos creyentes.

Las canonizaciones durante el Jubileo nos invitan a dar un paso: levantarnos de donde estamos, emprender un camino como pueblo de Dios, pasar de la esclavitud a la libertad, de la desesperanza a la esperanza, de la muerte a la vida. Como decía san Juan Pablo II: «cruzar el umbral de la esperanza». El Papa Francisco nos invitó a no detenernos en la mediocridad y la flojera, a indignarnos, como dijo san Agustín, por las cosas que están mal y a tener el valor de cambiarlas;

a convertirnos «en peregrinos en busca de la verdad, soñadores que no se cansan, mujeres y hombres que se dejan perturbar por el sueño de Dios, que es el sueño de un mundo nuevo, donde reinen la paz y la justicia» (Papa Francisco, Apertura de la Puerta Santa, 24-12 2025).

Que seamos capaces de mirar el futuro con esperanza, de comprometernos en construirla con gestos concretos, de tender la mano, de dar una palabra de consuelo, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un perdón necesario, un servicio gratuito, una caridad concreta, un paso adelante.

Que nadie diga «esto no es conmigo». ¡Inundemos el mundo de santidad y de esperanza!●



San José Gregorio representado entre el pueblo humilde al que sirvió por amor de Dios. Mural del artista venezolano *Hamktrazos*, pintado sobre las fachadas del popular barrio de Petare, en el área metropolitana de Caracas.

La realidad del mal según Pablo VI

En la audiencia general del 15 de noviembre de 1972, el Papa Pablo VI abordó el tema de la presencia del mal y del Demonio en el mundo. ¿Cómo entender una cultura de muerte como la que estamos viviendo, en la que se niega la vida y se asesina a millones de seres inocentes dentro del vientre de sus madres, o se les mata de hambre o en las guerras? Tal como concluye el Papa en su discurso, el cristiano debe ser militante, vigilante, sabiendo que contamos con las armas de la oración, del ayuno y con la Gracia de Dios, que es la defensa decisiva frente al poder del Maligno. A continuación, presentamos un resumen de dicho discurso.

Pablo VI comienza su discurso con una pregunta fundamental: ¿Cuáles son hoy las necesidades mayores de la Iglesia? Su respuesta puede sorprendernos: una de las necesidades mayores es la defensa de aquel mal que llamamos Demonio.

Nos invita a mirar la vida humana desde la fe: «es el cuadro de la creación, de la obra de Dios (cf. Gn 1,10, etc.)... el cuadro de la historia dramática de la humanidad, de cuya historia emerge la de la redención, la de Cristo, de nuestra salvación, con sus tesoros estupendos de revelación, de profecía, de santidad, de vida elevada a nivel sobrenatural, de promesas eternas (cf. Ef 1, 10)».

Es una visión «triumfalmente optimista» y por ello, lejos de caer en el desasosiego y el miedo, nos invita a vivir con alegría y gratitud, a celebrar la gloria de Dios.

El misterio del mal

Pero esta visión no es completa ni exacta. Porque la realidad del dolor, de la muerte, la maldad, la crueldad, el pecado, en una palabra, del mal, no puede ser negada. El Papa señala los distintos ámbitos donde se constata la realidad del mal: «lo encontramos en el reino de la naturaleza con sus perturbadoras manifestaciones... Lo encontramos en el ámbito humano, donde hallamos la debilidad, la fragilidad, el dolor, la muerte; y algo peor, una doble ley opuesta: una que desearía el bien, y otra, en cambio, orientada al mal; tormento que Pablo pone en evidencia para demostrar la necesidad y la suerte de la salvación traída por Cristo (cf. Rm 7)... Encontramos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, porque es separación de Dios, fuente de la vida (Rm 5, 12); y además, a su vez, oca-

sión y efecto de una intervención en nosotros y en el mundo de un agente oscuro y enemigo, el Demonio».

La realidad del Demonio

El Papa nos exhorta a hacer frente a la cuestión del mal en el mundo de manera adecuada, para poder así tener una justa comprensión cristiana de la vida y de la salvación traída por Cristo.

«El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Se sale del cuadro de la en-

señanza bíblica y eclesial que quien se niega a reconocer su existencia; o bien quien hace de ella un principio que existe por sí y que no tiene, como cualquier otra criatura, su origen en Dios; o bien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias. El problema del mal, visto en su complejidad y en su absurdidad respecto de nuestra racionalidad unilateral, se hace obsesionante: constituye la más fuerte dificultad para nuestra comprensión religiosa del cosmos».

En distintos pasajes evangélicos se hace referencia a la existencia del Demonio que sale al camino para tentar a Jesús.

«¿quién no recuerda, al principio de su vida pública, la página densísima de significados de la triple tentación de Cristo? ¿Y cómo no recordar que Cristo, refiriéndose al Demonio en tres ocasiones como a su adversario, lo denomina "príncipe de este mundo"? (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11). Y la incumbencia de esta nefasta presencia está señalada en muchísimos pasajes del Nuevo Testamento. San Pablo lo llama el "dios de este mundo" (2Co 4, 4), ... Y que se trata no de un solo Demonio, sino de muchos, diversos pasajes evangélicos nos lo indican (cf. Lc 11, 21; Mc 5, 9)».

«El Demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue el tentador engañoso y fatal del primer pecado, el pecado original (cf. Gn 3; Sab 1, 24). Por aquella caída de Adán, el Demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, del que solo la redención de Cristo nos pudo liberar».

«Es el enemigo número uno, es el tentador por

excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y perturbador existe de verdad y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo oculto que siembra errores e infortunios en la historia humana... Él es "el homicida desde el principio... y padre de toda mentira", como lo define Cristo (cf. Jn 8, 44 ss.); es el insidiador sofisticado del equilibrio moral del hombre. Es el pérfido y astuto, encantador, que sabe insinuar en nosotros por medio de los sentidos, de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica, o de los desordenados contactos sociales en el juego de nuestro actuar, para introducir en él desviaciones, tanto más nocivas cuanto que en apariencia son conformes a nuestras estructuras físicas o psíquicas o a nuestras instintivas y profundas aspiraciones».

El pontífice da un toque en el sentido de que si bien la influencia del Demonio es un capítulo muy importante en la doctrina católica, hoy en día se le está prestando poca atención y debería volverse a retomar su estudio.

«Piensan algunos encontrar en los estudios psicoanalíticos y psiquiátricos o en experiencias espiritistas, hoy excesivamente difundidas por muchos países, una compensación suficiente. Se teme volver a caer en viejas teorías maniqueas o en terribles divagaciones fantásticas y supersticiosas. Hoy prefieren algunos mostrarse valientes y libres de prejuicios, tomar actitudes positivistas, prestando luego fe a tantas gratuitas supersticiones mágicas o populares; o peor aún, abrir la propia alma —¡la propia alma bautizada, visitada tantas veces por la presencia eucarística y habitada por el Espíritu Santo!— a las experiencias libertinas de los sentidos, a aquellas otras deletéreas de los estupefacientes, como igualmente a las seducciones ideológicas de los errores de moda; fisuras estas a través de las cuales puede penetrar fácilmente el Maligno y alterar la mentalidad humana. No se ha dicho que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica (cf. ST, I, 104, 3); pero es, sin embargo, cierto que quien no vigila con cierto rigor moral sobre sí mismo (cf. Mt 12, 45; Ef 6, 11) se expone a la influencia del *mysterium iniquitatis*, a que se refiere san Pablo (2Ts 2, 312), y que hace problemática la alternativa de nuestra salvación».

Aunque la doctrina es incierta, se hace legítimo intentar responder a dos cuestiones.

¿Existen señales, y cuáles, de la presencia de la acción diabólica?

«Podemos suponer su acción siniestra allí donde la mentira se afirma hipócrita y poderosa contra la verdad evidente; donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde (cf. 1Co 16, 22; 12, 3); donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido; donde la desesperación se afirma como la última palabra, etc.». Estas son algunas de las señales del Maligno.

¿Y cuáles son los medios de defensa contra un peligro tan insidioso?

«Podremos decir que todo lo que nos defiende del pecado nos defiende por ello mismo del enemigo invisible. La gracia es la defensa decisiva. La inocencia adquiere un aspecto de fortaleza. Y asimismo, cada uno recuerda hasta qué punto la pedagogía apostólica ha simbolizado en la armadura de un soldado las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (cf. Rm 13, 12; Ef 5, 11; 1Ts 5, 8). El cristiano debe ser militante; debe ser vigilante y fuerte (1P 5, 8); y debe a veces recurrir a algún ejercicio ascético especial para alejar ciertas incursiones diabólicas. Jesús lo enseña indicando el remedio "en la oración y en el ayuno" (Mc 9, 29). Y el apóstol sugiere la línea maestra a seguir: "No os dejéis vencer por el mal, sino venced al mal con el bien" (Rm 12, 21; Mt 13, 29).

Con el conocimiento, por ello, de las presentes adversidades en que se encuentran hoy las almas, la Iglesia y el mundo, trataremos de dar sentido y eficacia a la acostumbrada invocación de nuestra oración principal: "Padre nuestro..., líbranos del mal!"». •



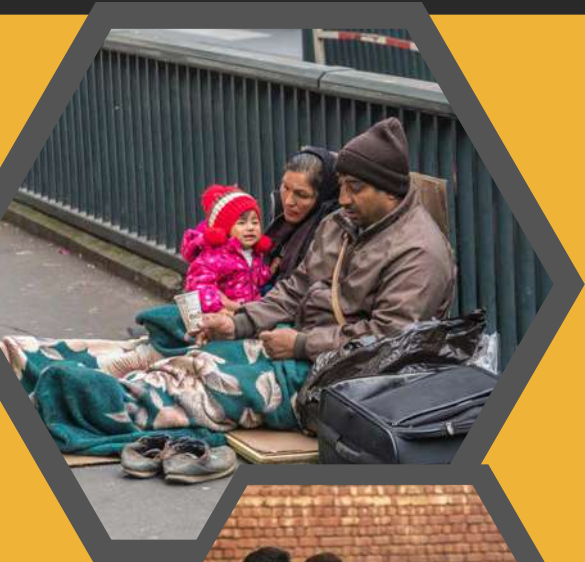
El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor. *Angel caído* -detalle- de Alexandre Cabanel (1847). Museo Fabre, Montpellier. Dominio público vía Wikipedia.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

DILEXI TE

SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES

PRIMER DOCUMENTO DEL PAPA LEÓN XIV



«SE ASUMEN CRITERIOS PSEUDOCIENTÍFICOS PARA DECIR QUE LA LIBERTAD DE MERCADO TRAERÁ ESPONTÁNEAMENTE LA SOLUCIÓN AL PROBLEMA DE LA POBREZA [...], SE OPTA POR UNA PASTORAL DE LAS LLAMADAS ÉLITES, ARGUMENTANDO QUE [...] ES MEJOR OCUPARSE DE LOS RICOS, DE LOS PODEROSOS Y DE LOS PROFESIONALES, PARA QUE, POR MEDIO DE ELLOS, SE PUEDAN ALCANZAR SOLUCIONES MÁS EFICACES. [SE TRATA DE] CRITERIOS SUPERFICIALES Y DESPROVISTOS DE CUALQUIER LUZ SOBRENATURAL [...].» (DT 114).